



OBRAS Y AUTORES:

Juan Garafulic:

El Lunes Pasó Sin Falta

Por HERNÁN DEL SOLAR

En todo buen libro nos encontramos habitualmente con un autor que se enfrenta con la condición humana y nos muestra el significado que para él tiene la existencia. El lector —interesado— suele desear un conocimiento del escritor que le ayude a esclarecer determinados aspectos de su visión. Este contacto preliminar con su pensamiento, su cultura, permite que el libro adquiera calidad de cordial compañía. No se está ante un desconocido y cada concepto, cada palabra —diciamos— posee más definido carácter. A veces, este conocimiento no hace falta alguna. El libro nos revela, por sí, cuanto puede darnos, y no necesitamos antecedentes. Así lo creemos, pero al toparnos con nuevas obras del autor nos damos cuenta de que no le conocíamos suficientemente y, por tanto, podremos apreciarle mejor en adelante.

Con este libro del Dr. Juan Garafulic, que publica Editorial Nuevo Mundo, de Buenos Aires, contamos desde un principio con evidentes ventajas. Quienes no leyeron "Quedamos en eso", su obra anterior, en estas páginas encuentran las características principales que le convierten en uno de nuestros escritores más valiosos. Aquí nos hallamos plenamente junto a su conocimiento del hombre, su sentido de la vida, su ingenio espontáneo que por medio de una rápida sonrisa, o de una risa fuerte que no se frena, siempre está señalándonos las debilidades humanas con la más sana limpieza, a ratos con una piedad que no trata de ocultarse y es mesurada ternura.

Unas palabras preliminares nos adelantan la imagen del autor con que entraremos en el libro. No se trata de datos biográficos ni de las acostumbradas menudencias con que en tales casos se nos atribuya. Vemos al hombre frente a los demás y ante sí mismo. Sabemos, así, cosas que poseen interés: cómo el escritor mira y juzga a los hombres de su tiempo, cuáles son las cualidades humanas que acoge con beneplácito y cuáles no le merecen sino desdén, a qué atribuye que el pueblo chileno sea tan politizado y qué es lo que, a su juicio, le falta para ser feliz. Muchos otros pareceres de no menor importancia aparecen en la reproducida entrevista que Lenka Franulic hizo al autor hace unos años. A cualquiera bastan

la exactitud, la soltura, la alegría inteligente de las respuestas para considerar, de antemano, que en el libro saldrá a encontrarle un autor aménísimo y de superior calidad intelectual y humana. Sin darse importancia, se ríe de lo que va diciendo cuando contesta a la pregunta de qué tipos de tortura propendría, a pedido de Satanás, para modernizar el infierno: "Que se leyeran —dice— estas respuestas una vez al día. Pero no más de un mes. Al fin y al cabo los pobres condenados sólo están en el infierno".

Luego pasamos a la primera de las cuatro partes que dividen el libro: "Dramas mínimos", "Recuerdos", "Reflexiones al pasar" (Un entreacto sería la infinita soledad) y "Fantasías humorísticas". En cada una asistiremos a una diversa postura del autor frente al mundo. Diversidad aparente, por lo demás. Garafulic es siempre el mismo hombre ampliamente comprensivo: en la risa y en la seriedad (nunca grave) se nos presenta decidido a comunicarnos la verdad rectora de su espíritu. Siempre sencillo, nunca pedante, entregado a una voluntad de no enmascararse ni enmascarar a la gente que va y viene por su libro, en cada una de sus páginas se admira al observador penetrante, al psicólogo que no acentúa sus hallazgos y conocimientos, al hombre que resuelve proyectar la mediana humana en su existir hogareño, rutinario, de horizonte angustioso. Su realismo es de la mejor ley. Venimos a sus personajes empujados en sus hábitos y en la ignorancia de que tal vez existan otras posibilidades, diversas maneras de ser y mantenerse en la vida. Nunca se le ocurre a ninguno que acaso su vida no tenga el menor objeto, vegetativa, resignada a lo que quiera el sucesivo transcurrir de los días, las horas, el tedio. Este cuadro cotidiano de la insignificancia, de los hombres y mujeres que son solamente números, artefactos de un azar que no pasa en su fabricación la más leve alegría. Cuando los escritores actuales —los más conocidos, al menos— afrontan tal situación sienten una necesidad de echar sobre la vida paletadas de barro y luego hacer que por encima caminen unos muñecos angustiados, violentos, vociferantes. Otros —dramaturgos y novelistas cansados de la realidad decadente

del hombre contemporáneo— llevan la incertidumbre y el absurdo de la vida humana a un renovado acontecer de hechos, actos, palabras sin sentido, insólitos. Juan Garafulic advierte como todos ellos la pobreza triste, oscura de nuestra suerte; pero no rehúye la realidad para forjar su obra. Al contrario, se sume en medio de ella y con la naturalidad de alguien que va contando lo que ve, sin rebuscamiento ninguno, sin otro ánimo que hacerla vivir con precisión, cabalmente ante nosotros, no deforma los caracteres, las situaciones ni el lenguaje, y en la transmisión de esta convivencia imaginaria pone todo el humor que en él despierta el espectáculo. Admirando el ingenio del autor, los lectores admiran también su veracidad, la inmejorable pintura de la estupidez humana, de su miseria, su debilidad, su falta de sentido en el envolverio de sus vicisitudes.

En las páginas que titula "Recuerdos" y trata de su paso por Europa "en el lejano y ya legendario año 1939", el extraordinario conocedor del hombre que es Garafulic da una ojeada a diversos países. No pierde su humor, ciertamente, pero aquí se nos muestra preocupado del hombre, de cómo se empuja en su destrucción, y hay pasajes donde aflora una ternura viril, vigorosa, que es amor a la vida y solidaridad. El autor siente en cuerpo y alma el brote de la guerra. Y nos comunica el asomo y crecimiento del mal. Son páginas vibrantes, dolorosas, pintura certera, de esos días que abren camino, entre crueldades inimaginables, horrores, lágrimas y callada desesperación, a estos días que hoy vivimos. El mismo sentimiento de cómo el hombre se adiestra en cargar sin agotarse el sin sentido de su vida, que vemos definido con naturalidad y maestría en las páginas humorísticas, aquí se nos aparece murmurado en voz baja, apretados los dientes y los puños. Pero volvemos a la alegría. Los dos cuentos finales —"Si hubiera sucedido en Chile" y "Los astronautas rusos eran esgofidos"— nos divierten espléndidamente, haciéndonos ver cómo una imaginación bien forjada y recia puede crear una realidad valerosa valiéndose de la risa que no para en su acción devastadora que levanta un mundo de entre sus cenizas.

Juan Garafulic, el lunes pasó sin falta [artículo] Hernán del Solar.

Libros y documentos

AUTORÍA

Solar, Hernán del, 1901-1985

FECHA DE PUBLICACIÓN

1974

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Juan Garafulic, el lunes pasó sin falta [artículo] Hernán del Solar.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile